SEGUNDO ACTO

Rebelión en el reino

—

La caída

Una característica conducente de cualquier historia es su conflicto central: algo que está mal y que necesita ser arreglado. Eugene Peterson describe el conflicto central del drama de la Escritura de esta forma: «Ha ocurrido una catástrofe. La continuidad con nuestro buen inicio se ha roto; hemos sido separados de ello a causa de un desastre. Por tanto, también hemos sido separados de nuestro buen final. En otras palabras, estamos en medio de un desastre».[1] Génesis 3 cuenta la trágica historia de la entrada del pecado al mundo perfecto de Dios, usualmente

1. Eugene Peterson, *Working the Angles: The Shape of pastoral Integrity* [Trabajando los ángulos: La forma de integridad pastoral] (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1993), pp. 82-83

llamada (simple y amenazadoramente) la historia de «la caída». Esta calamidad amenaza con estropear la bondad de la creación misma y tocar con maldad cada uno de los eventos que le siguen. Es el conflicto cósmico de la historia bíblica, el problema que aún persigue a nuestras vidas.

Cuando se habla acerca de la historia de la caída, algunas personas saltan con demasiada rapidez a términos como «mito» o «leyenda». Pero esta narrativa es parte de una larga estructura (Gn 2:43:24) que es introducida con la importante frase: «Estas son las generaciones de...», sugiriendo que lo que sigue, realmente aconteció. Por lo tanto, necesitamos tomar en serio la realidad prehistórica de los eventos registrados en Génesis 3, aun cuando se puede reconocer que los detalles (incluyendo a la serpiente que habla y los árboles simbólicos) no son como los de otros textos históricos a los que estamos acostumbrados. En nuestra forma de ver las cosas, el tercer capítulo de Génesis nos habla de manera fiable acerca del misterioso origen del mal en el mundo de Dios, enraizado en la sublevación de la primera pareja humana, aunque no lo hace como si fuera un documental de televisión.

Los primeros dos capítulos de Génesis pintan un cuadro de seres humanos buenos y santos, creados por Dios. El Edén, su hogar en forma de parque, es rico y fértil; un lugar de placer y delicia. El Señor, Dios mismo, pasa tiempo allí con Adán y Eva (Gn 3:8). De esta manera, en sus comienzos la creación nos recuerda a *shalom*, la palabra usada en el Antiguo Testamento para paz, que transmite el significado de la rica, completa e integral intención de Dios para la creación. Adán y Eva caminan con Dios, se regocijan mutuamente y la tierra fértil del Jardín les provee todo lo que necesitan por medio de sus florecientes plantas. ¿Qué es lo que pudo fallar?

Todos conocemos a partir de nuestra experiencia, las profundas heridas de nuestro mundo, pero, ¿qué fue lo que las causó? Cuando leemos acerca de la vida en Edén, anhelamos que nuestras vidas fueran así. ¿Por qué nuestra experiencia es tan diferente? Génesis 3 responde a esta pregunta, aunque quizá sin todos los detalles que quisiéramos saber. No se nos dice de dónde proviene la serpiente que habla o quién es realmente (No es sino hasta más adelante en la Biblia que aprendemos que esta «criatura» también es conocida como Satanás; ver Ap 12:9). ¿Cómo podría tal criatura desbaratar la buena creación de Dios? Estas preguntas sin responder nos alertan sobre el impenetrable misterio que rodea al origen del mal en la creación.

Parte de ser humano es la libertad de elegir. Aun en la buena creación de Dios, la libertad de Adán y Eva para amar significa que ellos podían escoger no amar; por lo tanto, ellos podían experimentar la tentación. Pero, ¿qué implicaba la tentación para ellos? La respuesta se encuentra en el misterioso «árbol del conocimiento del bien y del mal» (Gn 2:9). La serpiente les tienta a comer de este árbol, contrario a lo que Dios les había dicho que hicieran (Gn 2:17, 3:1-5). Pero, ¿qué significa esto?

Adán y Eva pueden obedecer a Dios o pueden desafiarle. Ellos pueden rendirse a la norma amorosa de Dios y disfrutar la vida o pueden intentar buscar su propio camino apartados de las instrucciones de Dios y experimentar la muerte. Como seres creados, Adán y Eva eran completa y maravillosamente humanos en la forma en que vivían su libertad bajo el reinado de Dios. La tentación que enfrentaron por medio de la serpiente fue la de imponer su autonomía, es decir, volverse ley para sí mismos en lugar de confiar en la dirección de la palabra de Dios.

La serpiente sutilmente lanza la duda a Adán y Eva acerca de la palabra de Dios, atreviéndose incluso a cuestionar la bondad propia e inherente de Dios. La serpiente sugiere que Dios teme que estas criaturas humanas puedan llegar a ser iguales a Él una vez que conozcan el bien y el mal al comer del fruto del árbol. Dios ha dicho que si ellos comen del árbol morirán, pero la serpiente sugiere que comerlo es encontrar el camino a la vida verdadera. A la luz de estas sugerencias, la mujer y el hombre ven al árbol como una oportunidad para una autorrealización. Ellos toman de su fruto y lo comen.

Al principio, la serpiente parece haber estado diciendo la verdad: Adán y Eva no mueren inmediatamente. ¿O sí? La vida física de Adán y Eva no para en el instante en el que prueban la fruta; esta no es la manzana envenenada del cuento de hadas. Pero, algo en lo profundo de su interior, y algo que hay entre ellos, muere. Su sentido de sí mismos y su relación mutua se han roto. Al ser ahora autoconscientes, tratan apresuradamente de cubrir su desnudez, y lo que es peor, su relación con el Señor Dios también se ha roto; ellos se ocultan con temor y vergüenza, separados de la presencia vivificante de Dios.

Dios confronta a Adán y Eva y declara un juicio; maldice a la serpiente a arrastrarse por el suelo, a la mujer con el dolor de parto y con la opresión en la relación con su esposo, e incluso a la tierra misma, de tal forma que el hombre trabajará y sudará en la lucha por labrar la tierra dura y con maleza. Finalmente, Dios conduce a Adán y Eva fuera del Edén y les prohíbe el jardín.

Aunque la historia no explica el profundo misterio del pecado, sí da mucha luz sobre la naturaleza fundamental del pecado, incluso para nuestra vida actual. El pecado es una búsqueda de autonomía, el deseo de separarnos a nosotros mismos de Dios que siempre tiene trágicas con-

secuencias. Así como Génesis 2 muestra a la raza humana y sus relaciones en la creación aún no caída, Génesis 3 se enfoca en la ruptura de esas relaciones, que prosigue al motín en contra del divino Rey. Nosotros, los humanos, fuimos creados para relacionarnos, pero el pecado nos conduce a la separación. Sobre todo, fuimos hechos para disfrutar de una relación con Dios, pero el pecado de Adán y Eva les hizo huir de Él en temor, vergüenza y soledad.

¿Es de suponer que la historia del mundo termine tan pronto y tan tristemente? De ninguna manera. Aun en este trágico relato del pecado entrando al mundo, Dios se niega a darse por vencido con la creación y el reino. Aunque Adán y Eva huyen, Dios los busca con su gracia. Al declarar el juicio, Dios maldice a la serpiente y promete poner enemistad entre la simiente de la serpiente y la de la mujer (Gn 3:15). La simiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente: Dios promete extinguir las fuerzas del mal que Adán y Eva han desatado. Esta es la primera promesa bíblica del evangelio: que Cristo será «la simiente de la mujer» y que derrotará a Satanás, aunque a un gran costo para sí mismo de recibir la «herida» en su «talón». En Génesis 3:21, Dios incluso provee ropa de pieles de animales para cubrir la vergüenza de Adán y Eva. En el Antiguo Testamento, quitar la ropa de alguien podría significar que dicha persona había perdido su herencia; pero, al proveer ropa para Adán y Eva, Dios muestra que Él no ha renunciado a ellos. Ellos aún son portadores de la imagen de Dios en este mundo y aún «heredarán la tierra».

Cuando Adán y Eva se mueven al este del Edén, su futuro parece desolador. Luego de su desobediencia catastrófica, el maravilloso jardín queda ahora cerrado tras ellos, mientras un mundo incierto y peligroso aparece por delante. ¡Qué horrible enfrentar al Señor Dios cuando Él finalmente los encontró! ¡Qué duro mirar a Dios

a la cara! Aun así, en medio de esto, la gracia y la promesa de Dios brillan. Dios los viste, quitando al menos un poco de su vergüenza y mostrando un cuidado constante y la misteriosa promesa acerca de la simiente de Eva que un día aplastará la cabeza de la serpiente aún hace eco en su corazón.

REFLEXIONES PARA LA ACTUALIDAD

¿Qué tenía de especial este fruto prohibido? En sí mismo, parece como algo insignificante, pero aquí es donde el relato se proyecta hacia la historia para tocarnos a nosotros, a nuestra vida y a nuestro mundo.

Dios creó al hombre y a la mujer como administradores de su buena tierra, y los hizo a Su propia imagen. ¡Qué privilegio tan tremendo para simples criaturas, el estar así de cerca del Creador! Y, junto con el privilegio, viene la responsabilidad de portar esa imagen obedientemente, conociendo sus limitaciones como criaturas al mismo tiempo que confiando en lo ilimitado del Creador. La sencilla regla que Dios da, dejar aparte el fruto de un árbol entre todos los árboles del jardín, no es un truco. El Creador, que ha puesto todo lo demás bajo el dominio de los administradores humanos, deja solamente un recordatorio tangible en su mundo glorioso, de que sólo Él es la fuente y el sostén de todas las cosas, incluyendo sus propias vidas. Su felicidad al cumplir la maravillosa tarea de ser los administradores y acompañantes de Dios, su gozo en las bellezas del jardín y su deleite en la compañía mutua, dependían de esa simple verdad.

Pero la serpiente tuerce esta verdad, haciendo parecer que Dios está reteniendo egoístamente algunas cosas buenas para estas criaturas humanas, y ellos eligen creer a la serpiente. Aunque frecuentemente trivializamos el pecado, este relato debería hacernos poner atención a lo

que realmente es. El pecado no es solamente una equivocación, ni el resultado inevitable de ser un humano y estar limitado. El pecado es la decisión de escoger nuestro propio camino en vez del camino que Dios ha construido en la creación. Es convertirnos en nuestros propios legisladores en vez de responder en obediencia al divino Gobernante.

Como criaturas humanas limitadas, Adán y Eva estaban obligados a seguir alguna regla, porque esa es la forma en la que Dios los hizo. La serpiente no les dio completa libertad, sino solamente una autoridad diferente a quién obedecer, uno mismo, y ellos cayeron en eso, como todos nosotros lo hacemos también.

Al rechazar el camino del Creador, obtenemos una mayor tajada de vida solo para encontrar que tiene sabor a muerte. Nos extendemos hacia lo que pensamos que será más de lo que Dios da, pero terminamos con muchísimo menos: amistades, matrimonios y familias rotas, gobiernos e instituciones legales corrompidas, hambruna en muchas partes del mundo y una plaga de obesidad en otras, y la opresión del débil por el fuerte y de una etnia o género por otro. Tristemente, hemos llegado a ver todo esto como si fuera normal.

El pecado no es normal, no es el reflejo de lo que Dios quería originalmente para nosotros y para nuestro mundo. Podemos pensar en el pecado de varias formas:

El pecado es rebelión. Es la traición de la criatura (es decir, de nosotros) en contra de nuestro Creador. Hemos retirado nuestra lealtad a un Padre amoroso, bueno y sabio, y se la hemos dado a una serpiente mentirosa.

El pecado es idolatría. Fuimos hechos para servir a alguien o a algo: es parte de las fibras mismas de nuestro ser. Podemos escoger no servir ni obedecer a Dios, pero eso no significa que podamos escoger ¡no servir a nadie!

Adán y Eva desecharon la palabra de Dios solo para abrir sus oídos a Satanás. Cuando escogemos no servir a Dios, inevitablemente buscamos otro centro para nuestras vidas. Podemos ver esto en las sociedades humanas que han intentado servir a los dioses de la razón, la ciencia o la tecnología y en las vidas de hombres y mujeres que han tratado de hacer un dios del placer, la fama, el dinero o incluso de una relación. Tales dioses nunca podrán cumplir lo que prometen.

El pecado es un intento de ganar autonomía, de decidir por nosotros mismos lo que es bueno, correcto, verdadero y valioso. Mientras intentamos establecer nuestros propios estándares y buscamos la libertad fuera del buen orden y propósito de Dios, vamos quedando atrapados en nuestros propios inventos. Desde la primera rebelión humana, el poder destructivo y anti-vital del pecado siempre ha contaminado las vidas y culturas humanas.

Pero el pecado no puede (usualmente) destruir la bondad de la creación por completo. En vez de eso, la tuerce y la distorsiona. Así, por ejemplo, el pecado no destruye la sexualidad sino que la pervierte, convirtiéndola en adulterio y en otras relaciones explosivas. El pecado no destruye al Estado, pero lo desvía de la justicia pública. El pecado no destruye la razón humana pero la conduce hacia el mal o hacia fines egoístas. No podemos culpar a ninguna parte de la buena creación por el desastre en el que estamos. El gobierno, la economía, las escuelas, la autoridad, la tecnología, todas esas cosas son parte de un orden de la creación que fue hecho bueno, pero todas han llegado a torcerse, a corromperse, a contaminarse y a distorsionarse por la rebelión humana en contra del Creador.

Esas son las malas noticias... pero aquí está la buena noticia: ¡Dios no abandona al mundo así! Dios promete restaurarlo a lo que debía haber sido. Aquellos que siguen

a Jesús son ahora llamados a indicar el camino hacia la restauración cósmica que está por venir.

NUESTRO LUGAR EN EL RELATO

1. Frecuentemente pensamos en el pecado como algo trivial, como si este fuera solo romper una de las reglas de Dios de la misma manera en que alguno de nosotros sobrepasa el límite de velocidad en una autopista. ¿De qué manera estos conceptos (de la discusión de Génesis 3) mejoran nuestro entendimiento de lo que es el pecado?
   - ¿Quién soy? ¿Qué significa realmente ser humano?
   - ¿Dónde estoy? ¿De dónde viene nuestro mundo?
   - ¿Qué está mal? ¿Por qué este mundo parece estar tan revuelto?
   - ¿Cuál es el remedio? ¿Pueden los seres humanos por sí mismos arreglar los problemas del mundo?
2. El pecado ha estropeado nuestras relaciones: con Dios, con los demás y con la creación. Conversen sobre las formas concretas en las que cada una de estas relaciones han sido desfiguradas por el pecado.
3. Hemos visto que el pecado no ha destruido por completo lo que Dios ha hecho, sino que lo ha distorsionado. Conversen sobre algunas formas en las que las buenas dádivas de Dios (como la comida, la bebida, la sexualidad, la familia, el trabajo o el tiempo libre) han sido distorsionadas por el pecado.
4. Consideren este enunciado: «Nuestro mundo no es 'normal' y no lo será, hasta que Jesús finalice su obra de restauración». A fin de cuentas, ¿Qué es «normal»?